

RAFAEL OBLIGADO EN “EL ALTO CIELO QUE NOS VIO NACER”

Por Jorge Cruz

A cien años de la muerte de Rafael Obligado, el 8 de marzo de 1920, el poeta sigue indeleblemente inscripto en el canon de nuestros clásicos del siglo XIX, el siglo fundacional. Uno de los sillones que ocupan los miembros de la Academia Argentina de Letras, el dieciocho, lleva su nombre, ineludible, porque en el conjunto de su obra lírica, contenida en un solo volumen, *Santos Vega* descuella como poema emblemático de las letras nacionales, representativo de un ámbito y un personaje que en aquella centuria eran expresión de lo argentino: el desierto, la pampa y su protagonista, el gaucho. A lo largo de años, algunos de sus poemas mejores han contribuido a iniciar a generaciones de jóvenes estudiantes en la apreciación de los textos literarios. Los de Obligado recorren el velo de un mundo distante que, sin embargo, fue nuestro, una sociedad patriarcal, familiar, tradicional en sus hábitos, entre urbana y rural.

Es un mundo visto en su mejor versión, risueña y luminosa, y, consonantemente, en versos sencillos, transparentes, cuyo carácter local lo dan no el habla gauchesca –como en los poemas de Ascasubi, Hernández o del Campo– sino apenas algunos vocablos autóctonos: *ombú, payador, chajá, quena, camalote...* “Nunca he soñado con ser poeta gauchesco –escribí–, no imaginando disfrazarme con una indumentaria y una mentalidad ajenos a mis hábitos y a mi pensamiento”. En este sentido, Obligado siguió el procedimiento de su mentor, Esteban Echeverría, quien en *La Cautiva* utilizó la modalidad culta del castellano, lo mismo que Bartolomé Mitre en la primera versión literaria de la leyenda pampeana.

Rafael Obligado nació el 27 de enero de 1851. Ocho días antes, en Montevideo, había muerto Echeverría, su numen tutelar, pobre y solo. Fue un año crítico en la historia argentina, el último del largo gobierno de Juan Manuel de Rosas. Se inició entonces el inestable período de transición entre el pronunciamiento de Justo José de Urquiza, el 1º de mayo de 1851, y su triunfo al frente del Ejército Grande en la batalla de Caseros, el 3 de febrero

de 1852. No se aquietó por esto la política sino que, al contrario, se complicó a causa de las renovadas tensiones entre las provincias y Buenos Aires, celosa de su autonomía. No la aquietó tampoco la promulgación de la Constitución Nacional, en 1853, precisamente por la ausencia de la ciudad-estado en su sanción y las desavenencias que dieron origen a la guerra entre la Confederación Argentina, integrada por las trece provincias restantes, con capital en Paraná, y el Estado de Buenos Aires.

El entrerriano Urquiza y el porteño Mitre encarnaban esas dos políticas. El primero triunfó en Cepeda, en 1859, y el segundo, en Pavón, en 1861. Urquiza procedió con cautela, evitó la violencia y se retiró a su provincia, en tanto que a partir de 1862, con la presidencia de Mitre, la Nación Argentina se unificó, con Buenos Aires a la cabeza. Sin embargo, en los hechos, no hubo tal unificación. Algunos caudillos provinciales, disconformes con la preponderancia de Buenos Aires, encendieron focos de rebelión y de odio contra el gobierno central. A la incesante lucha con las montoneras se añadieron en esa década la atrocidad de los tres sangrientos años de la Guerra del Paraguay, el pánico que causaron los brotes de cólera y el terror de los malones, frecuentes e implacables hasta que la campaña comandada por Julio Argentino Roca en 1879, durante la presidencia de Nicolás Avellaneda, los redujo casi por completo. En 1871, la fiebre amarilla diezmo a la población porteña y, como en el caso del cólera, provocó el traslado de muchas familias del castigado Sur de la ciudad hacia el Norte. La conclusión de la Guerra de Fronteras, gracias a la Campaña del Desierto, elevó la figura del tucumano Roca por encima de los políticos de su tiempo y la consagró, en 1880, con la presidencia de la República, ejercida en Buenos Aires, definitivamente declarada capital de la Nación Argentina.

La niñez y la juventud de Obligado tuvieron este oscuro marco histórico. En su casa habrá escuchado comentar las vicisitudes de esa complicada red de sucesos. Si bien las tres décadas transcurridas fueron trágicas en lo político y en lo militar, Buenos Aires no dejó de crecer, de modernizarse y de sobresalir hasta convertirse en una ciudad cosmopolita, de múltiple actividad cultural y social, en la que el aporte de las masas inmigratorias produjeron cambios en la estructura de la sociedad y en la economía, en las costumbres y en el

habla. Unos lo aceptaron como instrumento de progreso, otros lo consideraron un elemento disolvente dentro de la sociedad tradicional.

El poeta frisaba por entonces en los treinta años. Era porteño y pertenecía a una familia de terratenientes, muy criollos y patriotas, una familia patricia, es decir, vinculada a los orígenes de la nación. En las inconclusas “Confesiones acerca de mis poesías” recuerda que su madre era nieta del virrey Olaguer Feliú e hija del doctor Francisco Ortiz, revolucionario de 1810. Entre sus parientes cercanos se contaban varios personajes de actuación relevante en la vida pública, como Pastor Obligado, político, militar –luchó en Cepeda y Pavón–, gobernador del Estado de Buenos Aires, y su hijo Pastor S., autor de *Tradiciones de Buenos Aires* y *Tradiciones Argentinas*. Sobrino del primero fue el general Manuel Obligado, primer gobernador del territorio nacional del Chaco.

La vida de Rafael transcurría entre la casona de Buenos Aires, en Rivadavia y Tacuarí, y la estancia de la Vuelta de Obligado, a orillas del Río Paraná, en tierras que su abuelo, el andaluz de Calañas Antonio Martínez de Obligado, había comprado en 1789 y destinado a la cría de mulas y vacunos. Era un vasto territorio, donde su hijo Luis Obligado y Saavedra fundó, alrededor de 1835, la Estancia La Independencia y donde, en un terreno limítrofe, su nieto Rafael hizo construir, en 1896, con gesto romántico y opulento, un edificio de estilo neogótico dedicado a su mujer, Isabel Gómez Langenheim, lectora entusiasta de las novelas góticas de Walter Scott. Así surgió “El Castillo”, residencia veraniega que aún se levanta en las barrancas del Paraná.

La naturaleza feraz de la zona, el río y las islas que Marcos Sastre había descrito y exaltado en *El Tempe Argentino* (1858), fueron el escenario de la infancia de Obligado y uno de los temas esenciales de su poesía, desbordante de romanticismo *¡Oh mis islas amadas, dulce asilo / de mi primera edad! / ¡Añosos algarrobos, viejos talas / donde el boyero me enseñó a cantar! / ¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida / en la estrecha ciudad; / para arrojar mi corazón de niño / de las pasiones en el turbio mar?... // Como un cisne posado en las riberas / del ancho Paraná, / así, blanco y risueño, se divisa / a la distancia mi paterno hogar* (“El hogar paterno”). El seíbo le suscitó entrañables recuerdos de la niñez y la juventud. *¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora, / seíbo de mis islas, señor del Paraná! / ¡Que pueda*

con mis versos dejar contigo el alma /viviendo de tu vida, gozando de tu paz! (“El seíbo”). También las quintas, la pampa, el juncal, el sauzal, la flor del aire, el camalote, el nido de boyeros, las cortaderas, fueron objetos de su nostalgia y motivos de su poesía.

En 1893 (tenía cuarenta y dos años) una amiga le solicitó unos versos autobiográficos. *¿Versos me pides? Te comprendo, hermosa; / en mis secretos a iniciarte voy: / como toda mujer eres curiosa, / y quieres que te muestre el corazón.* Así comienza “Autobiografía”, treinta cuartetas divididas en cuatro partes, la primera de las cuales evoca la infancia, ese tiempo feliz tan admirablemente rescatado en “El hogar paterno” y otra vez rememorado en el nuevo poema. La escuela lo saca del encantamiento en la segunda parte. *¡Ay! Me encerraron en horrible escuela / y en los campos quedó mi libertad.* Sin embargo ha aprendido a leer y ha comenzado a escribir. De regreso al pago, se reencuentra con el hogar nativo y su belleza. *Cuando en la Vuelta de Obligado un día /tras larga ausencia me dejó un vapor, / en torrente vivaz la poesía, / ciega, imperiosa, por mi ser cundió.* La novia, amada y perdida en plena juventud, colma la tercera parte. *Joven, hermosa, enamorada y buena, / negro el cabello, y en la fresca tez / ese pálido albor de la azucena /que al sol parece comenzar a arder.* Es una mujercita de catorce años empeñada en parecer mayor, pero a la que el simple vuelo de una mariposa devuelve ala vocinglera niñez. Las cuatro estrofas de la última parte encarecen el encanto de los recuerdos y se vuelven al final a la madre del poeta. *Aún goza en ver mi libertad sujeta, / y, expresión de cariño y altivez, /aún me abraza y me dice “mi poeta”, / bañada en gloria la serena sien.*

La mujer, y en particular la joven mujer angelical, es una presencia frecuente en los poemas románticos de Obligado. Un episodio amoroso reúne al poeta joven y a su novia en “Primavera”, a la cual suele dirigirse con un “tú” apasionado. Evoca una tarde luminosa, compartida con la amada: *¿Recuerdas ese instante? / ¿Lo que tu labio entonces me decía? / La caricia, en el aire suspirante, /del alma tuya con el alma mía?...* Los quince años de edad asumen para el poeta un significado especial, de perfecto equilibrio entre belleza y candor. A una muchacha que los cumple le dice: *Con tu sonrisa embelleces / y haces tus quince lucir; / te lo habrán dicho mil veces; / blanco pimpollo pareces / que se comienza a entreabrir.* Pinta en “Canción infantil”,

uno de sus poemas antológicos, a una niña feliz que sale al jardín a recoger flores: *Es la mañana: lirios y rosas / mueve la brisa primaveral, / y en los jardines las mariposas / vuelan y pasan, vienen y van. // Una niñita madrugadora / va a juntar flores para mamá, / y es tan hermosa que hasta la aurora / vierte sobre ella más claridad*".

Concibe a la mujer al modo tradicional: belleza, pureza, pero en un mundo comandado por el hombre. *¿Tú piensas que te quiero por hermosa, / por tu dulce mirar, / por tus mejillas de color de rosa? / Sí, por eso y por buena, nada más*. No le importa que la ignorancia de la adolescente raye en lo "sublime", pues eso, confiesa con inconsciente egoísmo, no impide que la quiera. *Bien se están con su ciencia los doctores: / la tuya es el hogar; / los niños y la música y las flores / bastan y sobran para amarte más*. ("Basta y sobra").

Una constante en la obra poética de Obligado es la patria. En su "Autobiografía" lo destaca: *Y amé la patria con amor de fuego*. El sentimiento de lo argentino y su enaltecimiento se manifiestan con absoluta convicción e impregnan los versos que evocan hechos y personajes de un pasado heroico. Los llamados Poetas de la Revolución –Vicente López y Planes, Esteban de Luca, Juan Cruz Varela– celebraban a personajes y hechos de su tiempo vinculados a la lucha contra el poder extranjero, opresor o invasor. El presente, en cambio, plagado de conflictos entre compatriotas irreconciliables, acalla la voz del poeta y lo remonta, con nostalgia, al pasado. En ese pasado celebra el coraje de los soldados y sus jefes en cuatro sucesos que fueron derrotas: las batallas de Tacuarí, Ayohuma y Moquehua y la sublevación de la Fortaleza del Real Felipe en la bahía de El Callao.

En "Tacuarí" (1811) se impone la figura del célebre Tambor, el niño que bate el parche para alentar a los combatientes y muere en lo más reñido de la desigual lucha. *Es un grupo de argentinos / el que marcha a combatir; / es la Patria quien los mueve / y es Belgrano su adalid*. Belgrano sufre otra derrota en Ayohuma (1813) y el poeta pasa revista a los sucesos de ese "ingrato día". En un episodio de la campaña del Perú, Juan Lavalle, al frente del Ejército Libertador del Sur, es vencido en Moquehua (1823), y obligado a emprender la retirada. *Pavorosa lobreguez / veló el sol en pleno día / cuando nuestra infantería, / derrotada, hecha pedazos, / aguaceros de balazos / por la espalda recibía*. Otro episodio de esa contienda es la sublevación de la

Fortaleza del Real Felipe en la bahía de El Callao (1824), en cuyo torreón el Negro Falucho vigila y allí muere a manos de los soldados españoles luego de haber izado la bandera de los patriotas. “El negro de San Martín”, que ansía contestar con un viva al viva gritado por los españoles, *como protesta altanera / contra menguadas traiciones, / izó nervioso, a tirones, / la azul y blanca bandera.*

Del pasado rescata a los poetas Esteban Echeverría y Florencio Balcarce. El poema insignia del primero equivale para Obligado a las grandes batallas argentinas: *“La Cautiva”, / que el sentimiento nacional exalta / y su estandarte victorioso ondea, / es, como Maipo y Ayacucho y Salta, / el triunfo de una idea.* El otro romántico, Florencio Balcarce, era hijo del general de la Independencia Antonio González Balcarce y una promesa que se frustró a los veintiún años. De él, Obligado recuerda, en su homenaje, el verso *¡Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós!*, reiterado por Balcarce en el poema “La Partida”, escrito antes de viajar a Francia. Otra elegía lamenta la temprana muerte de un amigo querido, Florencio del Mármol, coetáneo de Obligado y personaje singular que dejó los estudios en Buenos Aires para convertirse en soldado y pelear primero junto a Mitre y luego en la Guerra del Pacífico (1879-1884), del lado de Bolivia y Perú, aliados contra Chile, una campaña registrada en sus *Recuerdos de viaje y de guerra.* Por esa intervención en una contienda ajena, alguien lo ha llamado “el otro Che Guevara”.

Obligado, geográficamente hablando, es el poeta del Paraná y las islas, su región entrañable, fuente de algunos de sus versos más emotivos, y así como enalteció episodios de la lucha por la Independencia remarcando la unción y el valor del soldado raso, sintió asimismo la atracción de las leyendas, esas historias inquietantes que arraigan en el imaginario popular. Una de ellas es el asunto de “La luz mala” (1883). *Súbito brilla a lo lejos /una luz..., la luz maldita /cuya historia nunca escrita /saben jóvenes y viejos.* La atmósfera de misterio se sostiene hasta que se rompe el encanto y se revela que la luz es el “ojo centelleante” de la “veloz locomotiva” que pasa rumorosa echando nubes de vapor. Es una antipoética referencia al progreso, que el poeta acepta resignado. La metamorfosis de “La mula ánima” (1892) transforma en mula llameante a una mujer que le ha sido infiel a un soldado ausente en la guerra. Al regresar, se topa con el monstruo. *Y cuando estaba ya encima /la*

mula, en llamas envuelta, / la refrenó, y a su pecho/ vino a estrellarse, ya muerta, / pero en mujer convertida... / ¡y era su novia, “la prenda”!

La leyenda de “La Salamanca” (1893) retoma el mito fáustico. *¡La Salamanca! Antro oscuro / de quiméricos fantasmas, / que en los senos de la tierra / largo espacio se dilata.* En esa caverna mora el Diablo, “el diablo antiguo, largo y flaco, hediendo a azufre”, donde un aquelarre de brujas y duendes le rinde pleitesía. Un criollo “joven y hermoso”, atrevido y cegado por la ambición, se aventura en la cueva para formular sus deseos: *–El amor de las mujeres, / el caballo que yo envidio, / echar suerte con la taba, / buen ojo para el cuchillo, / a la mula más bellaca / montarla de un solo brinco, / y darte el alma por todo. / ¿Te conviene?* El Diablo acepta, pero antes, para ponerlo a prueba, le propone seguir una senda filosa sobre un precipicio, en cuyo fondo está la imagen de Cristo. No bien el joven se echa a andar sobreviene un violento estallido. *Lanzó al joven, a las brujas, / y a Satanás al abismo. / La dinamita triunfante / y del obrero los picos, / perforaban la montaña / abriendo túnel magnífico / a la audaz locomotora, / al nuevo excelso vestigio*”. Otra vez, como en “La luz mala”, la locomotora, símbolo del progreso, se impone a costa del encantamiento poético de la leyenda.

De 1884 es “El Cacuí”, la metamorfosis de una perversa muchacha abandonada en la cima de un árbol por su hermano, harto de sus maldades. Es el caso que un exsargento de Güemes le cuenta a un payador porteño prendado de “la princesa del pago”. *–Cuando conozcas su historia, / replicó al punto el anciano, / has de romper tu guitarra, / ¡y has de romperla llorando! / Eran, varón y mujer, / huérfanos ya, dos hermanos: / ella un demonio, aunque linda, / y él poco menos que santo.* En la última estrofa, el viejo soldado advierte: *Ese que gime en el bosque / es el cacuí solitario; / y mientras sufra la patria / tanto martirio, paisanos, / y nuestros ranchos no sean / algo más que pobres ranchos, / ¡ay! porque nunca supimos, / a nuestra vez, ser hermanos, / se oirá ese grito, ese lloro, / ese clamor desgarrado.*

Los primeros versos de “El yaguarón” (1905) anuncian una presencia ominosa en el río tantas veces celebrado. *¡Quién dijera, al verlo ahí / tan apacible y rendido, / que este Paraná querido / tuviera infamias en sí!* La infamia es un monstruo del río que sorprende a una airosa lavandera cuando baja la

barranca con su atado de ropa. *No observa Juana María / que a sus pies, precisamente, / hierve entonces la corriente / con más hervor que solía; / no ve que el río aquel día / tiene extraños movimientos / ni que eléctricos, sangrientos, / de infame plétora rojos, / bajo las aguas, dos ojos / la miran fijos y hambrientos. // Ancho el río cabrillea / conturbado por la brisa, / y en él la forma indecisa / de un monstruo se balancea. / Verdoso, enorme voltea / el cuerpo, se hunde, se oculta, / resurge, el líquido abulta, / borbollando por sí mismo, / y de nuevo en el abismo / el chato lomo sepulta.* Cuando la muchacha advierte el peligro e intenta huir, el monstruo se abalanza sobre ella y la arrastra consigo. *A poco, manso y sereno / quedó el río indiferente, / y solo huyó en la corriente / una gran mancha de cieno.* La calma y la belleza vuelven reinar después del horror.

Entre esas “Leyendas argentinas”, Santos Vega descuella como la obra maestra de Obligado. Comenzó a escribirla en 1877. Novela y teatro narraron episodios de la historia del gaucho cantor. Tal hicieron el novelista Eduardo Gutiérrez en el siglo XIX y Antonio Pagés Larraya en su “leyenda trágica”, en el XX. Algunos eruditos indagaron en las raíces y las redes del mito. Es el caso del antropólogo alemán Roberto Lehmann Nitsche en *La leyenda de Santos Vega*. El poema de Obligado rescata momentos de la historia del payador que avalan su mito. El epígrafe que figura en el umbral de las cincuenta y cinco décimas remite a versos de la tradición oral. *Santos Vega el payador, / aquel de la larga fama, / murió cantando su amor / como el pájaro en la rama.* También Mitre en su poema “A Santos Vega. Payador argentino”, inscribe dos versos tradicionales: *Cantando me han de enterrar, / cantando me he de ir al cielo.* Y a lo largo de su composición insiste en el hecho de que las trovas del cantor no han quedado escritas sino grabadas en la memoria. *Y sin tinta ni papel / que los salve del olvido, / de padre a hijo han venido / por la tradición oral.*

“El alma del payador” es el título del primer canto del poema de Obligado, cuyas líneas iniciales dan el tono nostálgico y elegíaco de la evocación del cantor inmortal. *Cuando la tarde se inclina / sollozando al occidente, / corre una sombra doliente / sobre la pampa argentina.* Estos cuatro versos han quedado en la memoria literaria argentina como los del comienzo de *La Cautiva* (*Era la tarde y la hora / en que el sol la cresta dora / de los Andes...*) o

la impresionante invocación con la que arranca *Facundo (Sombra terrible de Facundo! voy a evocarte...)*. “El alma del payador” convoca al gaucho cantor hecho mito, presente en el sentimiento de los paisanos cautivos de la sugestión de su “melancólica sombra”. El mismo Obligado la siente y la expresa en la décima que cierra el canto. *Yo, que en la tierra he nacido / donde ese genio ha cantado, / y el pampero he respirado / que el payador ha nutrido, / beso este suelo querido / que a mis caricias se entrega, / mientras de orgullo me anega / la convicción de que es mía / ¡la patria de Echeverría, / la tierra de Santos Vega!*

Como en la antigua poesía trovadoresca, no podía faltar la mujer amada, que es la razón de la voz del cantor. “La prenda del payador” se titula la segunda parte del poema. Como en el primer canto, Santos Vega cruza el llano a la hora del crepúsculo y va al rancho donde lo espera su prenda. Ella *alza a su dueño unos ojos / que son dos besos del alma,* y se dispone a escuchar el canto que el trovero le dedica. *Yo soy la nube lejana / (Vega en su canto decía)/ que con la noche sombría / huye al venir la mañana.* Con el amanecer, en efecto, la “sombra ligera” del gaucho se pierde en el horizonte.

En el tercer canto, “El himno del payador”, Santos Vega irrumpe en el campo donde se han enfrentado dos grupos de jinetes disputándose el pato, la pelota de cuero con dos manijas que da nombre al deporte más gaucho y característico de la llanura bonaerense. En “Armonías de la pampa”, Mitre había incluido, a continuación de “A Santos Vega”, el poema “El pato”, cuadro de costumbres con la minuciosa descripción de un partido donde se impone el mejor y más valiente jinete. Varias décadas después, el pato pasa a formar parte del *Santos Vega* de Obligado para poner de manifiesto la admiración y el respeto que el gaucho cantor provoca en los contendientes y en la concurrencia cuando se hace presente al caer de la tarde. *Mudos ante él se volvieron, / y ya la rienda sujeta, / en derredor del poeta / un vasto círculo hicieron. / Todos el alma pusieron / en los atentos oídos, / porque los labios queridos de Santos Vega cantaban, / y en su guitarra zumbaban / estos vibrantes sonidos.*

Su mensaje es una incitación a conquistar la libertad proclamada el Veinticinco de Mayo, y en él vibra el compromiso de bregar por la liberación. *¡Ah!, ¡si es mi voz impotente / para arrojar, con vosotros, / nuestra lanza y*

nuestros potros / por el vasto continente; / si jamás independiente /veo el suelo en que he cantado, / no me entierren en sagrado / donde una cruz me recuerde: / entíerrenme en campo verde, / donde me pise el ganado. Versos en los que se percibe el eco de expresiones del romancero español ramificado en la América hispánica. Concluida su oración laica, Santos Vega se hunde de nuevo en la noche como una sombra.

En “La muerte del payador”, la cuarta parte, el cantor duerme al amparo de un ombú. Nadie se atreve a perturbarlo, pero un jinete forastero llega hasta él y sin miramiento lo sacude, lo despierta y lo reta a pagar. Es el misterioso Juan Sin Ropa, que comienza pulsando con dulzura la guitarra. *Y con voz que modulaba / blandamentelos sonidos, /cantó tristes nunca oídos, / cantó cielos no escuchados, / que llevaban, derramados, / la embriaguez a los sentidos.* Santos Vega le responde cantando de las auroras y de las tardes pampeanas. No bien ha concluido, Juan Sin Ropa muestra su naturaleza demoníaca y envuelto en llamas, entona un canto. *Era el grito poderoso / del progreso, dado al viento; (...) Era, en medio del reposo / de la Pampa ayer dormida, / la visión ennoblecida / del trabajo, antes no honrado; / la promesa del arado/que abre cauces a la vida. // Y a la par que en el abismo / una edad se desmorona, / al conjuro, en la ancha zona / derramábase la Europa, / que sin duda Juan Sin Ropa / era la ciencia en persona.*

Santos Vega se declara vencido y con los ojos en su prenda entona su último canto. *Santos Vega se va a hundir /en lo inmenso de esos llanos... / ¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos, / el momento de morir.* Del ramaje del ombú brotan llamas y, transmutado en serpiente, Juan Sin Ropa convierte al cantor en cenizas. Un viejo paisano, testigo de la fantástica payada, lo recordará en los versos finales: *“-Y si cantando murió / aquel que vivió cantando / fue – decía suspirando- / porque el Diablo lo venció”.*

¿Quién fue el enigmático Juan Sin Ropa? Se ha escrito que Santos Vega, personaje histórico, en la larga y célebre payada, habría tenido como contrincante al poeta mendocino Juan Gualberto Godoy, a quien algunos le han atribuido el alias de Juan Sin Ropa. Se ha escrito también que el contrincante habría sido un negro, con quien habría payado bajo un gran árbol en la que es hoy la calle Montevideo, entre Sarmiento y Corrientes. Se ha dicho que se habría enfrentado con un amigo llamado Poca Ropa,

renombrado cantor de la época en cuya niñez pobre solía vérselo descalzo y con escasas pilchas. Más joven que Santos Vega, ya débil y enfermo, habría triunfado en buena ley. Y no termina aquí la serie de condicionales, pues se ha dicho asimismo que quien habría resultado victorioso en la payada fue un paisanito llamado Trillería. *Juan Sin Ropa* es el título de una película argentina muda estrenada en 1919, un melodrama de protesta social con argumento original de José González Castillo. Este Juan Sin Ropa no es payador, es un pobre paisano que se traslada a la ciudad, donde de obrero de frigorífico evoluciona a rico empresario. En suma, no es fácil desenvolverse en un espacio donde la memoria de algunos testigos es casi la única fuente de conocimiento. Lo cierto, y lo importante, es que el Juan Sin Ropa de Obligado es una creación propia, “una sarta de palabras”, como dice Borges en uno de sus ensayos dantescos, una “textura verbal” en verso, intransferible, en la que perdura como el diabólico vencedor del cantor célebre. Su victoria señala el desmoronamiento de una época, el triunfo de “la Europa”, la ciencia y el progreso.

“Progreso” era, a fines del siglo XIX, una creencia y una meta de esperanza; una inducción al esfuerzo y una vía a la prosperidad. Obligado veía que “progresar” suponía “destruir”, y aunque aferrado a las tradiciones criollas, entendía, acaso a regañadientes, que los avances (la locomotora de algunos de sus poemas, por ejemplo) eran inevitables e incontenibles. Pero nunca dejó de echar de menos los viejos hábitos que él identificaba con lo argentino auténtico. A una amiga le confía: *¡Ah, cuán triste, Felicia, es ver que todo / lo argentino se va! / ¡la antigua sencillez de la familia! / ¡la sombra de la casa paternal!* (“Los horneros”). Y en otro poema (“Protesta”) que es el compendio de las nostalgias de su paraíso perdido, lamenta: *La pampa de mis cantos ya no existe, / con el salvaje se extinguió el desierto; / la majestad de esa llanura triste / bajo el cuchillo del arado ha muerto*

El poeta coincide en la cronología con los hombres del 80, pero difiere de ellos en cuanto a casi todos los rasgos que se han señalado como característicos de esa generación. No le interesaba la acción política (le provocaba “amarga zozobra”), no lo atraían los viajes, no era hombre de club y se resistía a las influencias foráneas, sobre todo las de Francia, entonces en boga. Lector asiduo de los clásicos españoles, evitaba en sus escritos el uso

de vocablos y construcciones galicadas. Se expresaba en la lengua que hablaban los argentinos cultos, sin sujeción tampoco al modelo español. En la mayor parte de sus escritos en prosa, circunstanciales casi todos, el tema constante es la defensa y la exaltación de cuanto concernía a su Argentina. Sus trabajos "Independencia literaria", "Sobre el arte nacional", "Sobre el criollismo" y la "Carta a D. Joaquín V. González sobre *Mis montañas*", entre otros, son variaciones de su prédica tenaz.

Persona inteligente y cortés, su lírico nacionalismo no lo cegaba ni lo apartaba de quienes disentían de él. Su casa de la calle Charcas 634, frente a la plaza San Martín, se abrió los sábados, durante un cuarto de siglo, a personajes de la intelectualidad porteña dispuestos a exponer y discutir ideas y a comentar libros en torno del autor de *Santos Vega*. De esas reuniones surgió el Ateneo, donde una tarde de septiembre de 1896, Obligado presentó al disertante de la jornada, el joven Rubén Darío, adalid del Modernismo. Fue el año de *Prosas profanas* y *Los raros*. El presidente de la institución rindió homenaje al arte exquisito del poeta y dijo que su musa "no tiene patria en el continente; la tiene en el seno de la belleza". Añadió que la juventud lo ha aplaudido y que él acompaña ese aplauso, "pero lo acompaño desde las filas de la guardia vieja, haciéndole crujir la seda de mi azul y blanca". Obligado no podía con su genio y, como se ve, no dejaba ocasión sin reafirmar su credo literario y patriótico. En el Ateneo leyó poemas Leopoldo Lugones, otro "decadente" y también apasionado de las gestas argentinas, que en la huella de Darío pero multiplicándose en géneros y experiencias literarias diversas y con un bagaje lingüístico formidable, iba a ser, en su tiempo, el escritor argentino por antonomasia.

En las dos últimas décadas de su vida, las que corresponden al nuevo siglo, el XX, Obligado escribió muy poco. A los treinta y cuatro años, en 1885, había publicado una selección de sus poemas, aumentada en la reedición de 1906. Pero no había dejado de ser partícipe de la vida literaria local, como anfitrión en su casa o como miembro de la Academia de Ciencias y Letras; de la Academia Literaria del Plata, del Ateneo, de la Academia Argentina o de la Facultad de Filosofía y Letras, que contribuyó a fundar y en la cual propuso la creación de la cátedra de Literatura Argentina. Fue, además, miembro correspondiente de la Real Academia Española. En sus meses finales, la

quebrantada salud lo llevó a buscar reposo en Mendoza, donde falleció lejos de la pampa tantas veces cantada.

Este hombre amigable, contemporizador, tuvo la tenaz obsesión de lo argentino y en su defensa solía perder la serenidad. Abominaba de “la maldita debilidad de la imitación extranjera”, bregaba por “salvar el espíritu nacional del naufragio” que lo amenazaba, se opuso a la onda naturalista que a fines del siglo XIX se explayaba, y, sin haber viajado fuera del país, estaba convencido de que no podía haber suelo más luminoso que el suyo: *¡De la tierra extranjera el horizonte, / cuán triste, opaco y silencioso es! / ¡Y cuán lleno de luces y armonías / el alto cielo que nos vio nacer!* (“Al partir”).